FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
HOMILÍA DEL P. IGNASI M. FOSSAS, PRIOR DE MONTSERRAT
2 DE FEBRERO DE 2014
Ml 3, 1-4; Ps 23, 7-10 (R.: cf. 8a); He 2, 14-18; Lc 2, 22-40

Tal como decía al comienzo de la Misa, *hoy es el día en que Jesús fue presentado en el templo*; exteriormente se trataba de *cumplir la ley*, una ley relacionada con las categorías de puro e impuro propias de la cultura bíblica antigua y que hoy en día nos resultan extrañas y poco adecuadas a nuestra conciencia de la dignidad de la mujer. Sin embargo, con el gesto narrado por el evangelista san Lucas, el acento no recae tanto en la purificación de María o en el rescate del primogénito, cuanto en la presentación de Jesús como Mesías de Israel y como Salvador de todas las naciones, como *luz para alumbrar a las naciones y gloria para* el pueblo de Israel.

El núcleo de la fiesta de hoy es, pues, el encuentro de Jesús con su pueblo, signo del encuentro definitivo entre Dios y la humanidad, entre Dios y cada uno de nosotros. Por eso quisiera llamar vuestra atención sobre una antífona del Oficio divino, y que la Escolanía cantará durante el Ofertorio. Se trata de la antífona del *Magnificat* de las I Vísperas, y que se refiere al momento en el cual el anciano Simeón tomó en brazos al niño Jesús y bendijo a Dios. La antífona dice así: *El anciano llevaba al niño, pero era el niño quien guiaba al anciano; la Virgen…adoró a quien ella misma había engendrado.*

Este texto contempla poéticamente en encuentro entre Simeón y Jesús, entre dos generaciones que reúnen simbólicamente el pueblo de Israel y la humanidad enteros. Se trata, asimismo, de dos categorías de personas –los ancianos y los niños– que reclaman nuestra atención de una forma especial. El evangelista Lucas, además, sitúa a una mujer, muy anciana también, al lado de Simeón: la profetisa Ana, que *daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.*

Un par de ancianos y una criatura. El evangelio sitúa, en realidad, a estas dos personas de edad avanzada entre los primeros que reconocen en Jesús al Mesías esperado por el pueblo de Israel; y esto ocurre no en un lugar cualquiera, sinó en el templo. El Señor Dios no hace distinción de edad ni de condición social a la hora de elegir a sus preferidos, a quienes están llamados a ser discípulos y misioneros de su Hijo Jesús. El papa Francisco ha subrayado en más de una ocasión que la calidad humana de una sociedad se puede medir por la forma como trata a estos dos grupos de personas: a los ancianos y a los niños. Nos lamentamos a menudo de que en nuestras iglesias sólo hay personas mayores; y es verdad que debemos pedir al Espíritu que nos infunda vigor e imaginación para contagiar a los más jóvenes la alegría de la fe. Sin embargo, no debemos desanimarnos. San Lucas no presenta a un par de jóvenes, ni a dos adultos de buena presencia para recibir a Jesús en el templo, sinó a dos ancianos muy mayores, que humanamente hablando podrían haber pensado que ya no se cumplirían sus expectativas. I, en cambio, a ellos les cupo acoger al Mesías, con María y José.

El anciano llevaba al niño, pero era el niño quien guiaba al anciano. Esta antífona nos recuerda, aún, la paradoja de nuestra fe cristiana: no somos nosotros los primeros en amar a Dios, sinó que El mismo se ha adelantado en el amor; no somos nosotros los que tenemos la iniciativa en nuestra vida de fe, sinó que El nos precede en todo; no somos nosotros los que “llevamos” a Cristo, sinó que es El quien nos “conduce” por el camino de la vida.

En el momento de ir a comulgar, procuremos recibir la eucaristía con la misma actitud con la que Simeón y Ana recibieron a Jesús: con acción de gracias y con una sincera actitud de adoración. Y después, seamos profetas de la Buena Noticia. Entonces podremos cantar con el anciano Simeón: *Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.*